

I CERTAMEN

2.º Premio • Año 2000

La pared íntima Poemario

Luis García Gil

I

La memoria tan solitaria, al ace-
cho
de cualquier niño que juega en la
calle,
la memoria temblorosa, arrugada
en las fotografías, en los sueños,
en las viejas higueras de los
patios,
en los silbos, las dunas, las ace-
quias,
la memoria escondida en una
calle,
en un libro perdido en los estan-
tes,
en un verso aromando los rinco-
nes.

La memoria vencida cual guerrero
que perdió ya su yelmo y su
armadura,

la memoria que el tiempo se ha lle-
vado,
aquella voz alzándose en la penum-
bra,
aquel grito de amor, de vida, de
deseo,
aquello que no es más que un deste-
llo,
una luz vana y triste que se pierde
en la tarde cansada, en el aire que
duele.

I

Añoranza de labios que no escapan,
que rodaron por la tierra palpitante,
como rueda la vida que no tiembla,

como amarillean los trigos ince-
santes,
y amarillea sin pausa el sol en los
ejidos,
añoranza que el viento ha golpe-
ado,
raíz que ya ha quebrado, sonata
que ya triste hurga nuestro
pecho,
tintineo de luna clavada en el
estero,
como imagen que grávida nos
busca,
mas ¿Cómo buscar aquello que
no existe,
cómo rescatar lo que el tiempo
no murmura,
lo que ya es invisible y no se
anuncia,
lo que ya ni nos pertenece ni nos
sirve?

III

Inaudita verdad la de la vida,
verso que se yergue en la

penumbra
con sus sílabas al viento, ya tron-
chadas,
mirada que no ríe, que no busca,
que pronuncia su pena a cada ins-
tante.

Ya no alumbra mi mano tu cabello,
ya la flor de la tarde se ha perdido,
ya en mi boca no madrugan los
luceros,
ni se callan las fuentes al besarnos,
ya se nos perdió la luna en el aljibe.

Inaudita verdad la de la vida,
ronco desgarró de guitarra triste,
lanza que asaetea las pestañas,
nocturno humo que asalta
los mares de la vida y de la muerte.

Inaudita verdad la de la vida,
aquella que es olvido y que nos deja
con los ojos cerrados en un cuarto,
con la sangre ya muerta y la voz
desgarrada por siempre en la ago-
nía.

IV

La vida puede armarse en un instante,
unos ojos que miran, una boca que anuncia
un beso cristalino o un pecho que late,
la vida puede armarse en un instante,
y hondamente resumirse en unas manos,
en una piel descubierta en el rescaldo
callado de una sábana, en un gesto,
en una voz que recorre los pasillos,
las bóvedas enormes, silenciosas,
los alminares, las calles cadenciosas,
una voz que nos dicta su esperanza,
su verso ciego, henchido de promesas,
su carta de amor arrullada en el estero.

La vida puede armarse en un
instante,
el dolor se cerciora, emprende
huida,
y los sentidos danzan armonio-
sos,
como si nunca el viento hubiera
roto
las campanas que cantan en la
noche,
como si nunca hubiese habido
sombra
en la luz inasible del recuerdo
que calla,
y el abrazo del agua volviese a
mojar
ese cuerpo reseco y ya apenas
sin fuerza.

V

Las aspas de los molinos intra-
tables,
las espadas, las hachas morteci-
nas,
la sangre derramada en una
calle,
la desazón del viento, la gargan-
ta
que cruje en un instante o la

voz
que se muere sin ser escuchada,
la tronera inquietante, las robustas
empalizadas, la soledad del tiempo,
el sol que navega silencioso,
por el paisaje agreste de la vida,
o las armas cargadas y asesinas,
los resortes del mal y la agonía.

Todo aquello que nunca ha descansado,
lo que tiembla, lo que daña, lo que mata,
esa violencia que todo lo desbroza,
que acongoja a los vivos y a los muertos,
y que nos hace preguntarnos día tras día:
¿Dónde anda la promesa de buscar-
nos,
de apresarnos los labios con los besos,
como puñales que ni luchan ni sangran,
dónde anda la promesa de encontrarnos,
de enjugarnos el rostro en las caricias,

en los campos sosegados que florecen,
en los claustros donde anida la ternura?

VI

Tristemente mi voz se irá perdiendo,
cercada por violines que se mecen
en salones umbríos, decadentes,
en visillos de holgada parsimonia,
tristemente mi voz ya sin campiñas,
sin árboles oscuros donde asirse,
ni bocas que se prendan a su aliento,
ni brisa que reclame su presencia.

Ciegamente mi voz se irá cayendo
en el sueño inmóvil de la piedra,
en la zarpa que horada de las paredes,
en el verso que dejo medio escrito,
dulcemente mi voz se hará de humo,
perderá su vibrante tono umbrío,
dejará ya de orar en los atriles,
llorará su silencio entre las nubes.

Esta voz sin campanas, ya en silencio,
naturaleza muerta en el abismo,
olvidará para siempre sus tertulias,
su café largo y terso de palabras
rimando con la suspirante brisa,
esta voz se retorcerá en el olvido,
o quedará refugiada en una cinta,

sorprendida de pronto y ya mecánica,
sin darnos para nada sus enseñas,
su blanca polvareda de esperanza,
su melodiosa calma interminable.

VII

Yo espero que algo pase,
que al corazón no se lo lleve
esta corriente de humo y de sombra,
y que aún pueda engarzar este halo
de voz al rosal de la tarde enmudecida.

Porque espero que algo pase,
y no queme un adiós en la garganta,
que mi boca se anuncie, resplandezca
en los faros que tiemblan en los puertos,
en las garzas que vuelan a lo lejos.

Y yo no quiero que el sueño me venza,
y me sorprenda el sonido errático del llanto,
ese agujijón de lágrimas sonoras,
ese veneno súbito en los ojos,
ese dolor que encoge y hiere al pecho.

Porque espero que algo pase,
y que ese algo limpie esta tarde
de negrura infinita y de tristeza,
que Dios me hable de repente,
y galopen felices los astros de la noche.